

# La idea de la democracia en Bobbio

Perry Anderson

*Nadie duda que Norberto Bobbio es uno de los grandes teóricos contemporáneos de la democracia moderna, asumiendo con ello un posicionamiento claramente liberal. Sin embargo, tampoco se discute su condición de crítico de la misma desde las filas de la tradición socialista a la que él mismo reivindica pertenecer. ¿Entonces cuál es la posición política de Bobbio: liberal o socialista... o ambas? Y ¿cuál es en definitiva su actitud ante la democracia representativa: cuestionamiento o complacencia... o ambas? A aclarar este rasgo aparentemente contradictorio del pensamiento de Bobbio apunta Perry Anderson en el presente artículo sintetizando de esta forma las antinomias del autor de *El futuro de la democracia*: "Pedimos cada vez más democracia en condiciones objetivas cada vez más desfavorables"<sup>1</sup>*

\*\*\*

## *La democracia realmente existente: dos críticas*

¿Cuál ha sido la pauta de las intervenciones teóricas de Bobbio a lo largo de los últimos treinta años? El hilo conductor de sus textos durante este período ha sido una defensa e ilustración de la democracia como tal. Esta democracia la define más como procedimiento que de manera sustantiva. ¿Cuáles son los criterios de la democracia de Bobbio? Esencialmente, cuatro. Primero, el sufragio universal e

igual de los adultos; segundo, derechos cívicos que garanticen la libre expresión de las opiniones y la libre organización de las corrientes de opinión; tercero, la adopción de decisiones por mayoría numérica; y cuarto, garantías para los derechos de las minorías frente a cualquier abuso por parte de las mayorías. Definida de esta manera, la democracia —insiste incansablemente Bobbio— es un

método, la forma de una comunidad política, no su sustancia. Pero no por ello es un valor histórico menos trascendente. El marxismo, a su modo de ver, ha cometido siempre el error fundamental de subestimarla, por cuanto el materialismo histórico se ha centrado por entero en otro problema, el de quién domina en una sociedad dada, y no en cómo lo hace. Para Marx y Lenin esta segunda problemática —que Bobbio designa como el problema de los sujetos del poder y no de las instituciones— oscurece por completo la primera hasta el punto de generar una confusión fatal entre dictadura entendida como dominación de una parte o una clase de sociedad sobre otra y dictadura entendida como el ejercicio de la violencia política no sujeta a ley alguna, como en la famosa decisión de Lenin. Esto es, entre dos sentidos completamente distintos del término: como orden social en sentido genérico y como régimen político en un sentido más estricto<sup>1A</sup>. Bobbio indica que la tradición que acepta la necesidad de una dictadura revolucionaria para cambiar la sociedad —tradición que va de Babeuf a Blanqui pasando por Buonarrotti— es premarxista. La novedad del marxismo es su transformación de esta noción clásica de dictadura —un gobierno excepcional y efímero, tal

como lo entendían los romanos— en la sustancia universal e inalterable de todos los gobiernos antes del advenimiento del comunismo, esto es, de una sociedad sin clases.

Contra esta mezcla teórica Bobbio destaca la enorme relevancia del surgimiento de las instituciones liberales —parlamentos y libertades cívicas— en el seno de lo que es efectivamente una sociedad de clases, dominada por un estrato capitalista, que sin embargo, ejerce su dominación a través de un entramado de normas que garantizan determinadas libertades básicas a todos los ciudadanos sea cual sea su adscripción de clase. Esta democracia política representa histórica y jurídicamente un bastión vital frente a los abusos de poder. Liberal en sus orígenes del pasado siglo, sigue siendo liberal en el formato institucional que asume en la presente centuria. “Cuando uso el término democracia liberal”, escribe Bobbio, “no lo hago en un sentido limitativo” —ya que no puede existir algo así como una democracia no liberal— sino para denotar “la única forma posible de una democracia efectiva”<sup>2</sup>. La función esencial de tal democracia es asegurar la libertad negativa de los ciudadanos frente a la prepotencia —posible o real— del Estado: su capacidad para hacer lo que deseen sin impedimento legal externo. Los

mecanismos de esta garantía son de naturaleza dual aunque indisociables estructuralmente: por un lado, los derechos cívicos a nivel del ciudadano; por otro, una asamblea representativa a nivel nacional. El nexo entre ambas instancias constituye lo que Bobbio llama el núcleo irreductible del Estado constitucional, independiente del tipo exacto de sufragio en las diferentes épocas de su existencia. Como tal, conforma un legado que puede ser utilizado por cualquier clase social. Según Bobbio, su origen histórico es tan irrelevante para su utilización actual como el de cualquier instrumento tecnológico, sea el ferrocarril o el teléfono. No hay motivos por los que la clase obrera no pueda apropiarse de este conjunto en la construcción del socialismo; al contrario, hay razones de mucho peso para hacerlo. Pues en la perspectiva de Bobbio, que formula con tonos en los que resuena deliberadamente el eco de algunos principios del materialismo histórico, “las instituciones liberales pertenecen a la cultura material cuyas técnicas resulta esencial transmitir de una civilización a otra”<sup>3</sup>.

#### Democracia representativa versus democracia directa

En sus polémicas con Della Volpe y Togliatti naturalmente

Bobbio no tuvo dificultades para demostrar el contraste entre este nexo institucional liberal y el estado de cosas en la Unión Soviética, donde había sido proclamada una dictadura del proletariado —para él una dictadura *tout court*, provista de “la fenomenología del despotismo de todas las épocas”, lo contrario de cualquier clase de democracia<sup>4</sup>. Pero este contraste inicial sólo ocupaba una mitad de su intención polémica. Pues con el paso del tiempo la democracia liberal debía ser también distinguida y defendida de otro enemigo o, en todo caso, de otro modelo. ¿De qué se trataba? Bobbio siempre ha insistido en que la democracia liberal es necesariamente representativa o indirecta. La única alternativa formalmente concebible a ella sería una democracia delegada o más directa. En los años setenta había pocos defensores de la dictadura —supuestamente proletaria o de otro tipo— en Italia. Pero no eran tan escasos los que creían que era posible y deseable una forma de democracia más directa que la del orden parlamentario prevaleciente. Quienes así pensaban aspiraban a una democracia consejista que se ajustaba al capitalismo avanzado. El blanco real de las intervenciones teóricas de Bobbio entre 1975 y 1978 era éste. Su ataque central se dirigió contra lo que llamaba el “fetiche” de la democracia directa. No

1/ *Debats* N° 27.

1A/ *Politica e Cultura*, Turin, 1955, pp. 150-152.

2/ *Ibid.*, p. 178.

3/ *Ibid.*, pp. 153-154, 142.

4/ *Ibid.*, p. 157.

negaba el amplio pedigree de esta idea desde la Antigüedad hasta Rousseau antes de integrarse en la tradición del materialismo histórico. Lo que rechazaba, más bien, era su validez o aplicabilidad a las sociedades industriales de hoy.

¿Cuáles son sus argumentos en contra? Son de dos tipos: estructurales e institucionales. En cuanto a fundamentos históricos generales, Bobbio reitera la objeción familiar de que la gran escala y complejidad

referéndums —elemento principal de la democracia establecida por la Constitución Italiana en la post-guerra y que la distingue de sus equivalentes más conservadores de cualquier otra parte de Europa Occidental— pueden ser aceptables como consultas infrecuentes a la opinión pública cuando ésta se encuentre dividida en dos partes más o menos iguales acerca de problemas singulares y de cierta envergadura. Pero son completa-

miembros, son físicamente imposibles. Además, aun cuando hayan funcionado brevemente a nivel local, en marcos de reducidas dimensiones, con harta frecuencia se ha demostrado que son fácilmente manipulables por demagogos o individuos carismáticos, como enseña la negativa experiencia del movimiento estudiantil. Por su parte, los mandatos revocables —un elemento esencial de la concepción de la democracia directa en

representativas es en gran medida puramente nominal. El único ejemplo real que menciona con aprobación es una asamblea de facultad. El espíritu de su posición se manifiesta en la descalificación de la idea misma de la democracia directa por Bernstein y Kautsky, a quienes él cita como inspiradores de su propia visión del problema<sup>8</sup>.

**Promesas incumplidas y confinamiento de la democracia**

según él, tienden a erosionar y socavar a la democracia representativa que él elogia, esto es, el esquema clásico del Estado liberal-constitucional basado en el sufragio universal de los adultos, el modelo que se generalizó en toda el área capitalista avanzada después de la segunda guerra mundial. ¿Cuáles son estos obstáculos cada vez mayores para el funcionamiento de la democracia representativa? Pueden resumirse de manera aproximada como sigue.

En primer lugar, la autonomía del ciudadano individual se ha visto completamente eclipsada por el predominio de la organización a gran escala. El tamaño y complejidad de las sociedades industriales modernas hace inevitablemente impracticable esa confluencia de las voluntades individuales en una voluntad colectiva que postulaba el pensamiento liberal-democrático clásico. En su lugar lo que aparece es un conflicto entre grupos oligárquicos consolidados cuya interacción —sea a nivel de partidos políticos o a nivel socioeconómico— adopta típicamente la forma de una negación corporativa que socava el principio mismo de la representación libre tal como lo entendían Burke o Mill.

La entrada de las masas en el sistema político con el advenimiento del sufragio universal no ha contrarrestado estas tendencias. Más bien ha generado fatalmente una burocracia estatal hipertrofiada que es el resultado de justificadas presiones populares para la

creación de administraciones dedicadas al bienestar y a la seguridad social, las cuales, a su vez y paradójicamente, devienen cada vez más inmanejables e impermeables a cualquier control democrático. Al mismo tiempo, los progresos tecnológicos de las economías occidentales hacen de su coordinación y dirección por parte del gobierno una función crecientemente compleja y especializada. El resultado de ello es que se abre un abismo infranqueable entre la competencia —o, más bien, la incompetencia— de la abrumadora mayoría de los ciudadanos en este terreno y las cualificaciones requeridas por los pocos que entienden de estos temas; de aquí que la aparición de una tecnocracia sea un fenómeno inevitable. Por su parte, además, los ciudadanos de las democracias tienden a sumirse cada vez más en la apatía y la indiferencia cívicas, tendencia ampliamente fomentada por los medios de comunicación predominantes, orientados a la distracción comercial y a la manipulación política. La consecuencia es que los electores reales evolucionan justo hacia lo contrario de aquellos sujetos informados y políticamente activos que constituirían la base humana de una democracia auténtica a los ojos de los teóricos clásicos del liberalismo. Finalmente —y aquí Bobbio recoge un estribillo muy generalizado en los años setenta— la combinación de las múltiples presiones corporativas, la dimensión inabarcable de la burocracia, la

autonomía de los tecnócratas y la masificación de la ciudadanía redundan en una "sobrecarga" de demandas contradictorias planteadas al sistema político que atenta contra su capacidad de tomar decisiones efectivas, conduciéndolo a una parálisis y a un descrédito crecientes<sup>9</sup>.

Esta es la primera serie de críticas que Bobbio dirige a nuestro orden político actual. Sintetiza la relevancia de sus cargos hablando de las "promesas incumplidas" de la democracia representativa, es decir, de aquellas expectativas de libertad que ha sido incapaz de realizar. Pero al mismo tiempo insiste en que tales promesas nunca habrían podido cumplirse. Pues los obstáculos contra los que se estrellaron no son fruto del azar. Para Bobbio todos esos procesos que él enumera de manera tan exhaustiva y que arruinaron las esperanzas de los teóricos clásicos de la democracia liberal son implacables, al igual que tantas transformaciones objetivas de las condiciones de nuestra existencia social a las que nadie puede sustraerse. Se trata, por así decirlo, de deficiencias *necesarias* de la democracia representativa existente.

Pero al mismo tiempo, y a veces en los mismos textos, Bobbio

avanza una serie de críticas a esta democracia cuyo efecto es diametralmente opuesto. En tales casos, su objeción a la democracia parlamentaria contemporánea no se basa en promesas no cumplidas por ésta, sino en promesas que nunca existieron. En ese sentido, Bobbio anota la inexistencia general de cualquier clase de democracia, en las sociedades occidentales, fuera del recinto de las instituciones legislativas mismas. Los parlamentos son mantenidos en todas partes estructuralmente distanciados del resto de las instituciones. Por un lado, el propio Estado comprende, como tal, un conjunto de aparatos administrativos de características profundamente autoritarias que, como también señala Bobbio, habitualmente son anteriores al advenimiento de la democracia representativa y que continúan siendo en gran medida refractarias a ésta. "Lo que nosotros, por brevedad, llamamos Estado representativo, siempre ha tenido que contar con el Estado administrativo, o sea, un Estado que obedece a una lógica de poder completamente distinta, descendente, no ascendente; secreto, no público; jerarquizado, no autónomo (...). La sumisión del segundo al primero no se ha conseguido nunca del todo"<sup>10</sup>.

9/ Véase *Il futuro della Democrazia*, pp.10-24. La argumentación de Bobbio está, hasta cierto punto, peor articulada aquí de lo que es usual en él, pues, por ejemplo, no establece distinción analítica precisa entre lo que llama las "promesas incumplidas" y lo que también llama "obstáculos imprevistos".

10/ *Quale Socialismo?*, p.63.

Ejército, burocracia y servicios secretos constituyen la otra faz, la faz oculta, de la democracia parlamentaria. "Incluso la mejor Constitución sólo muestra la fachada del gran y complicado edificio del Estado contemporáneo. Indica poco o nada de lo que hay detrás o dentro de él. Por no hablar de lo que sucede debajo, en los sótanos"<sup>11</sup>.

Fuera del Estado, además, las instituciones características de la sociedad civil aparecen casi sin excepción como carentes de democracia. Los principios representativos ocupan un espacio relativamente limitado en el conjunto de la vida social. En las empresas, las escuelas, las iglesias o las familias siguen predominando estructuras autocráticas bajo una u otra modalidad. Para Bobbio, la ausencia de democracia en estas instancias no es de importancia equiparable. Sus énfasis son los del marxismo clásico. Tras subrayar que "los organismos que el ciudadano llega a controlar son centros de poder cada vez más ficticios", escribe "los distintos centros de poder de un Estado moderno, como la gran empresa, o los mayores instrumentos de poder real (como el Ejército y la burocracia) no son sometidos a ningún control democrático"<sup>12</sup>; y también "una cosa es cierta, los dos

grandes bloques de poder descendente y jerárquico en toda sociedad compleja —la gran empresa y la administración pública— hasta ahora no han sido afectados por el proceso de democratización"<sup>13</sup>. Su veredicto general acerca del balance de poder en el seno del orden occidental es inequívoco: "Incluso en una sociedad democrática, el poder autocrático está más difundido que el poder democrático"<sup>14</sup>.

A fin de remediar estas configuraciones autocráticas, Bobbio aboga por una democratización de la vida social en su conjunto. Por ésta entiende básicamente la difusión de los principios de la democracia representativa más que los de la democracia directa, o sea, la extensión del derecho a la libre organización y decisión más allá de su confinamiento actual en las elecciones políticas a las instancias básicas de la vida cotidiana —trabajo, educación, ocio, familia— de la ciudadanía, en la medida en que tal extensión sea practicable. "El problema actual de la democracia —dice Bobbio— ya no es 'quién' vota, sino 'donde' se vota"<sup>15</sup>. Plantear esta segunda cuestión no es utópico actualmente pues Bobbio entiende que la propia evolución social tiende hacia su resolución.

Así, escribe que "estamos presenciando la extensión del proceso de democratización", un proceso que implica "la ocupación por parte de formas, incluso tradicionales, de democracia, como es la democracia representativa, de nuevos espacios, es decir, espacios dominados hasta ahora por organizaciones de tipo jerárquico o burocrático". En estas condiciones, afirma Bobbio: "creo que esta justificado hablar de un verdadero punto de inflexión en el desarrollo de las instituciones democráticas"<sup>16</sup>.

### La antinomia no resuelta

Pero la contradicción —la incompatibilidad fundamental— de esta vertiente del pensamiento de Bobbio con la anterior es patente. Aquí insiste en deficiencias o límites no inevitables de la democracia representativa. Esto es, trata acerca de deficiencias que presenta como potencialmente superables por medio de una extensión de los propios principios democráticos más allá de sus fronteras actuales: profundizando en ellos en el Estado y difundiendo los por la sociedad civil. No se puede dudar de la sinceridad de sus propuestas en este punto. Sin embargo, ¿cómo puede ser relevante una crítica de este tenor en un orden social que no es siquiera capaz de realizar sus propios

principios *dentro* de sus límites actuales, y no por falta de voluntad subjetiva sino bajo el peso de irresistibles presiones objetivas? *O bien* la democracia representativa se halla fatalmente condenada a una contracción de su sustancia *o bien* es potencialmente susceptible de una amplificación de esta sustancia. Ambas cosas no pueden ser ciertas a la vez. A veces Bobbio parece darse cuenta de esto y trata de sortear la dificultad con fórmulas como esta: "Pedimos cada vez más democracia en condiciones objetivas cada vez más desfavorables"<sup>17</sup>. Pero este tipo de percepción es efímera. En conjunto, Bobbio no parece realmente consciente de lo radical y central que es esta contradicción para su discurso. La antinomia básica de su teoría de la democracia nunca se convierte en objeto directo de reflexión en cuanto a su sentido.

¿Cómo explicar esto? La respuesta parece que debe buscarse en el hecho de que esta contradicción es justamente el resultado involuntario de la peculiar posición de Bobbio en la confluencia de las tres corrientes distintas de pensamiento debatidas anteriormente. En efecto, lo que sucede es que somete su ideal declarado —la democracia liberal— a dos tipos opuestos y antagónicos de crítica. La primera de estas críticas es conservadora:

11/ *Le ideologie e il Potere in Crisi*, Florencia, 1981, p.170.

12/ *Quale Socialismo?*, p.17

13/ *Il futuro de la Democrazia*, Turin, 1983, p.47.

14/ *Quale Socialismo?*, p.100.

15/ *Quale Socialismo?*, p.100.

16/ *Il futuro de la Democrazia*, pp.43-45

17/ *Quale Socialismo?*, p.46.

en nombre de un realismo sociológico deudor de Pareto y Weber, señala todos aquellos factores que de manera inexorable tienden a privar al Estado representativo de su vitalidad y autenticidad, convirtiéndolo en una cada vez más decepcionante sombra de sí mismo. La segunda crítica es socialista: en nombre de una concepción de la emancipación humana (y no estrictamente política) derivada de Marx, indica todas aquellas áreas de poder autocrático que existen en las sociedades capitalistas y que el Estado representativo deja totalmente incólumes, privándose a sí mismo por tanto de las únicas bases sociales que podrían conferirle una soberanía popular genuina. Bobbio yuxtapone ambas concepciones sin ser capaz de sintetizarlas: en realidad, son irreconciliables.

Si esto es así, cabe suponer que Bobbio, por su parte, no es capaz de mantener un equilibrio entre la tentación del realismo conservador y la solicitación del radicalismo socialista. Para captar el resultado de su pensamiento en este aspecto es preciso formularse la misma pregunta que constituye el título de uno de sus ensayos más importantes. En última instancia ¿a favor de qué socialismo está Norberto Bobbio? A primera vista la respuesta parece harto sencilla: una

socialdemocracia moderada. El mismo Bobbio propone prácticamente esta definición. Un tema recurrente en sus escritos es el contraste entre los beneficios de que ha gozado la Europa del Norte por la acción de gobiernos efectivamente reformadores dirigidos por la socialdemocracia y los males experimentados por Italia a causa de las divisiones existentes en un movimiento obrero incapaz de desafiar la arrogancia y corrupción de la hegemonía cristiano-democrática. En los años cincuenta, Bobbio invocaba la experiencia positiva de la administración Attlee en Gran Bretaña en polémica indirecta con el PCI<sup>18</sup>. En los sesenta pintaba el período formativo de la política italiana después de la Primera Guerra Mundial como una época de trágico extremismo en la que las fuerzas opuestas, pero relacionadas, de la derecha subversiva y la izquierda subversiva desbordaron los impulsos mejores del conservadurismo moderado y del reformismo moderado con consecuencias desastrosas para la democracia italiana<sup>19</sup>. En los setenta criticaba la defensa formal por parte del PCI de una "tercera vía" entre estalinismo y socialdemocracia como retórica estratégicamente vacía que únicamente servía para eludir la necesidad de proceder a

una clara elección entre los métodos dictatorial y democrático para el cambio social, que agotaban así el catálogo de opciones posibles. Las declaraciones de una supuesta peculiaridad italiana como base para una tercera vía dotada de superioridad eran mera altanería intelectual como si ese atrasado país —cuyas peculiaridades relevantes eran sólo la mafia, la corrupción de las administraciones públicas, el fraude fiscal, la ineptitud y el clientelismo burocrático, la economía sumergida y el terrorismo— pudiese dar lecciones a las sociedades más modernas de Europa<sup>20</sup>. En realidad, afirmaba Bobbio, dejando aparte los discursos de circunstancias, "¿cómo pueden describirse las prácticas actuales de los dos mayores partidos de la izquierda italiana sino como de tipo socialdemócrata en la mejor de las hipótesis? Y digo "en la mejor de las hipótesis porque, si somos francos, en comparación con la práctica de los partidos socialdemócratas más avanzados el centro-izquierda ya experimentado y el compromiso histórico meramente propuesto sólo pueden describirse el uno como un arreglo provisional y el otro como una retirada". Y concluye su veredicto acerca de la tercera vía de los años de Berlín-guer con las siguientes palabras: "Una vez descartada la aplicabilidad del leninismo en sociedades

avanzadas que son tan diferentes de Rusia o China como para resultar incomparables, francamente no veo como podrá evitar el movimiento obrero italiano confluír con el gran río de la socialdemocracia, abandonando el fascinante pero remoto proyecto de abrirse un cauce original y propio, en el que la corriente sería con toda probabilidad débil en ímpetu y de breve curso"<sup>21</sup>.

Ahora bien, la aceptación de la socialdemocracia por parte de Bobbio aunque unívoca en su valoración, concierne explícitamente a métodos más que a intenciones. No suscribe el tipo de sociedad que durante tanto tiempo a gobernado la socialdemocracia en Occidente y no excluye así la posibilidad de un tercero —o para, el caso de un cuarto o quinto— modelo de sociedad, alternativo y preferible a los dos modelos antagónicos actualmente existentes, cosa distinta de lo que podría ser una tercera vía para su consecución. La cuestión esencial es que cualquier avance hacia el socialismo en países con instituciones liberales deben preservarse y proceder a través de éstas. El realismo histórico de Bobbio le impide negar la existencia de otras vías para el triunfo del capitalismo en otros períodos o en otras áreas geográficas. La democracia no es un valor ahistórico. "El método democrático es un bien precioso, aunque no es aplicable a todos los

18/ *Política e Cultura*, p.150.

19/ "Le Colpe dei Padri", *Il Ponte*, XXX, N° 6, junio de 1974, pp. 664-667; *Perfil Ideológico de Novecento Italiano*, pp. 114-115.

20/ *Le ideologie e il Potere*, pp. 124-125.

21/ *Ibid.*, pp. 126-127.

tiempos ni a todos los lugares". En concreto pueden darse situaciones de emergencia o de ruptura revolucionaria, "tránsitos violentos de un ordenamiento a otro", en los que sea inaplicable<sup>22</sup>. Bobbio no se hace ilusiones y reconoce que el propio orden liberal nació por vías no liberales. Fue forjado "en una dura lucha" contra los *anciens régimes* por "una minoría de revolucionarios e intelectuales", siendo su episodio fundador el "resultado sangriento" de la "proliferación de sectas religiosas y movimientos políticos" durante la guerra civil inglesa<sup>23</sup>. Al igual que la base del orden democrático que eventualmente le sucedió, el gobierno de la mayoría entrevisto por primera vez por los *levellers* "no tuvo generalmente su origen en la decisión de una mayoría<sup>24</sup>". La capacidad de Bobbio para registrar los orígenes insurgentes del *Rechtsstaat*, o la matriz coercitiva de una democracia consensual, no es exactamente prenda de su libertad con respecto a las devociones *bien-pensant* de índole convencional. Más bien refleja esa tensión de su realismo que se deriva de la tradición de los teóricos italianos de las élites. A pesar de que esta tradición se inició

bajo la triste égida del conservadurismo de Mosca y Pareto, pasó en la siguiente generación a manos de los demócratas moderados, hombres como Burzio y Salvemini, de quienes las asimiló Bobbio sin grandes problemas. "¿Qué régimen no es producto de vanguardias conscientes y organizadas?", preguntó en una ocasión a un interlocutor comunista<sup>25</sup>. "Los cambios cuantitativos de la historia o los procesos revolucionarios, son obras de minorías"<sup>26</sup>.

### Vías al socialismo

Ahora bien, una vez establecido un ordenamiento político democrático, Bobbio excluye —de manera taxativa— su transformación por ese tipo de medios. El pasado de la democracia liberal es contemplado con frío historicismo; su presente, con absolutismo categórico. La influencia de Croce —famoso por la *sang-froid* de su historia de la libertad, servida incluso por los crímenes en su contra— da cuenta de la primera actitud; el recurso a la teoría de los derechos naturales, detestada por Croce, subyace en la segunda. Al moverse tácitamente en dos líneas

al mismo tiempo, la del idealismo germano-italiano y la del empirismo anglo-francés, Bobbio, sin duda, se muestra inconsistente. Pero eso no supone ruptura alguna con el liberalismo corriente, que en realidad requiere alguna combinación de este tipo<sup>27</sup>. La dificultad para él se plantea en el siguiente paso. Pues todos los países en los que prevalece la democracia liberal son capitalistas. En este marco, por consiguiente, ¿cómo es posible alcanzar el socialismo? La honestidad y lucidez de Bobbio no le permiten eludir u ocultar el problema. No da una respuesta clara y contundente al mismo —las vacilaciones de su pensamiento son muy evidentes en este punto— pero al final las conclusiones por las que se inclina están fuera de dudas. Bobbio recurre a las dos únicas estrategias coherentes

disponibles para la consecución de un socialismo digno de tal nombre, que para él son las reformas estructurales desde arriba y la ampliación de la participación democrática desde abajo. ¿Cuál es su veredicto a este respecto? En realidad manifiesta un escepticismo letal acerca de ambas. Refiriéndose a las reformas de estructura, se pregunta: "Pero admitamos que la transformación total pueda ser el resultado de una serie de reformas parciales. ¿Hasta qué punto el sistema está dispuesto a aceptarlas? ¿Quién puede excluir que haya un límite de tolerabilidad del sistema, o sea, de tal índole que el sistema queda destrozado por no querer doblegarse? Si aquellos que son amenazados en sus intereses reaccionan con violencia, ¿qué se puede hacer sino responder con la violencia?"<sup>28</sup>. En otras palabras, los mecanismos

22/ *Quale Socialismo?*, p.74

23/ *Politica e Cultura*, p.55; *Liberalismo e Democrazia*, Milán, 1958, p. 35. Este último texto contiene las consideraciones más extensas de Bobbio acerca de las variantes y vicisitudes históricas del liberalismo del siglo XIX, incluyendo una breve valoración de Mill.

24/ *Liberalismo e Democrazia*, p. 36; "Democrazia e maggioranza", *Revue Européenne des Sciences Sociales*, XIX, 1981, números 54-55, p.378.

25/ *Politica e Cultura*, p. 55.

26/ "La regola di maggioranza e i suoi limiti", en V. Dini (ed.), *Soggetti e Potere*, Nápoles, 1983, p.20.

27/ La filosofía del derecho de Bobbio acusa la misma tensión. Por una parte, Bobbio ha sido un exponente más resuelto del positivismo legal que el propio Kelsen, destacando el carácter históricamente contingente de la "norma fundamental" de aquél, que sólo puede considerarse expresión de la "ideología liberal". Por otra, comparte los valores del *Rechtsstaat* tal como fueron básicamente enunciados por Kelsen, de tal manera que se ve impulsado hacia una posición identificada con los derechos naturales del tipo de la que fue objeto de la crítica positivista inicial y que lleva a lo que Bobbio denominó un "plano matajurídico". Para una fina disección de las contradicciones que se derivan de esto, véase Sergio Cotta, "Bobbio, un Positivista Inquieto", en Uberto Scarpelli (ed.), *La Teoría Generale del Diritto-Problemi e Tendenze Attuale*, Milán, 1983, pp. 41-55. El mismo conflicto entre rechazo intelectual y compromiso político con los fundamentos de derecho natural puede observarse en el tratamiento dispensado por Bobbio a los derechos humanos. Estos, insiste con fuerza, consisten en una suma mal definida, fluctuante y a menudo mutuamente incompatible de exigencias, ninguna de las cuales puede ser considerada "básica" ya que lo que parece fundamental es siempre particular a una época o civilización dada. De otra parte, en la actualidad, cuando todos los gobiernos reconocen su codificación en la Carta de la ONU, los problemas de su fundamentación teórica se han resuelto a través de su "universalidad fáctica", por lo que no hay necesidad de justificarlos teóricamente, sino sólo de protegerlos políticamente. Para esta manera de cortar el nudo gordiano, véase "Sul fondamento dei diritti dell'uomo" y "Presente e avvenire dei diritti dell'uomo", en *Il Problema della Guerra e le Vie della Pace* (primera edición), Bolonia, 1970, pp. 119-157.

28/ *Quale Socialismo?*, p. 85.

centrales de la acumulación y la reproducción capitalista pueden ser intrínsecamente resistentes al cambio constitucional, imponiendo una elección básica que suponga realmente descartar la noción de reforma estructural como tal: o bien respeto por las estructuras, o bien transgresión de las reformas. Bobbio, por su parte, nunca ha demostrado excesivo interés por las reformas de estructura, cuya historia se remonta a los debates franceses y belgas de los años treinta. Pero con frecuencia ha esbozado la perspectiva de una democratización progresiva de la sociedad civil, como hemos visto. Podría esperarse, por consiguiente, que diese mucha mayor beligerancia al potencial de esta estrategia. Sin embargo, sus conclusiones son siempre decepcionantes. "Me parece más lícita la sospecha de que la progresiva ampliación de la base democrática encuentre un obstáculo insuperable —insuperable, digo, en el ámbito del sistema— frente a las verjas de la fábrica<sup>29</sup>. El espacio para reformas radicales está limitado por determinadas características inherentes al orden económico que las reclama. Este tipo de dudas, de lógica contrapuesta, tienden efectivamente a socavar las bases de una vía

parlamentaria-democrática al socialismo con la que Bobbio se encuentra formalmente comprometido.

Además van acompañadas por dudas más radicales en punto al sino de la democracia bajo el socialismo, una vez que se hubiese alcanzado una sociedad sin clases. Ya se ha visto que el liberalismo de Bobbio no es de índole económica; nunca ha mostrado una especial predilección por el mercado. Pero por la misma razón tampoco ha mostrado mucho interés por las posibles alternativas económicas al propio mercado. Para Bobbio, el capitalismo como sistema de producción y por tanto como algo que va más allá de un conjunto de injusticias en el aspecto de la distribución es, de algún modo, poco más que un marco de referencia moderadamente condenable, algo que se rechaza globalmente, pero que nunca se analiza. Por consiguiente, cuando piensa en el socialismo, el cambio en la propiedad de los medios de producción que implica no comporta, como tal, valores positivos para él. Antes bien la socialización, más allá de los límites de la economía mixta, tiende sólo a conjurar el espectro de un Estado todopoderoso, dueño de la vida económica igual que de

la política —un viejo terror liberal, desde luego—. El resultado es que Bobbio acaba aseverando que no sólo existirán los mismos obstáculos para la democracia en el socialismo que en el capitalismo, sino que los peligros para ella serán realmente mayores bajo aquél: "Estoy convencido de que en una sociedad socialista la democracia será incluso más difícil"<sup>30</sup>. Una conclusión paradójica para un demócrata socialista, es lo mínimo que cabe decir.

Pero estas dos reflexiones —la probable impracticabilidad de una vía democrática al socialismo, los mayores riesgos para la democracia bajo el socialismo— ponen, involuntariamente, de relieve la opción histórica última de Bobbio. Entre liberalismo y socialismo, en la práctica opta por el primero. A veces justifica su preferencia afirmando que en realidad es la más radical. En cierto sentido, escribe, la democracia es "una idea mucho más subversiva que el propio socialismo"<sup>31</sup>. Esta afirmación no es en la actualidad en modo alguno privativa de Bobbio. Su procedimiento para reevaluar al socialismo, además, está también muy extendido. Consiste en redefinir a éste como una especificación sectorial de la democracia o una ejemplificación local de un concepto de orden superior. Así,

declara su adhesión a una concepción del socialismo que "pone el acento en el control del poder económico a través de la extensión de las reglas del juego democrático a la fábrica, o a la empresa en general, más que en la transición de un modo de producción a otro" que implicaría una "colectivización global de los medios de producción"<sup>32</sup>. La significación de este paso —que se ha convertido virtualmente en un *topos* del debate reciente— reside en la sustitución que efectúa. La reconceptualización del socialismo esencialmente como democracia económica responde a un doble propósito. Sirve a la vez para allegar la legitimación central del orden político existente a la causa del cambio social y para evitar el obstáculo ideológico central para la realización efectiva de dicho cambio, a saber, la institución de la propiedad privada. Su lógica es la misma que la que preside la acción de quien salva un obstáculo: la palabra que no quiere pronunciar es expropiación. Como tal, tiene una larga tradición a sus espaldas. De hecho, fue probablemente el propio Mill el primer teórico explícito de este tipo de concepción, con su perspectiva del socialismo como una expansión gradual de la democracia industrial que permitiría dejar formalmente intacta la propiedad capitalista de

29/ *Quale Socialismo?*, p. 85. En realidad, el alcance del escepticismo de Bobbio se ha ampliado recientemente de la fábrica al conjunto de la sociedad civil. "Actualmente, la extensión de las instituciones democráticas a la sociedad civil me parece más una ilusión que una solución" "Introduzione" a *Il Sistema politico italiano tra Crisi e Innovazione*, p. 20. Compárese este dictum con la posición que se refleja en el fragmento citado según la nota 16.

30/ *Quale Socialismo?*, p. 8.

31/ *Quale Socialismo?*, p. 53.

32/ "La filosofía política" - Entrevista", *Mondoperaio*, enero 1986, p. 115.

los medios de producción, a condición de elevar a los trabajadores a los poderes de dirección en la empresa "sin violencia ni expropiación"<sup>33</sup>. El mismo quiebro intelectual, efectuado por idénticos motivos, puede encontrarse en Russell, para quien "el *self-government* en la industria" era "la vía por la que mejor podría aproximarse Inglaterra al comunismo"<sup>34</sup>. Dewey tenía su propia versión de esta misma cuestión, proponiendo la superación de "los métodos autocráticos de dirección", en las empresas, que eran "funestos para la democracia"

porque militaban en contra de la "comunicación efectiva de igual a igual" o "libre diálogo"<sup>35</sup>. La reaparición de esta sustitución en Bobbio testimonia su persistencia como *leitmotif* de los sucesivos intentos de casar liberalismo con socialismo. Su fruto práctico ha sido hasta hoy relativamente pobre y la razón de ello debe buscarse en parte en el hecho de que las grandes instituciones sociales por lo general permiten que se las eluda con facilidad. Las prerrogativas de la propiedad privada constituyen un bastión dominante bajo el

capitalismo, cuyo efecto positivo se ve ulteriormente reforzado por el mensaje negativo que inculca la división del trabajo, a saber, que la jerarquía organizativa es la condición de la eficiencia industrial. Ese efecto y ese mensaje, juntos, han sido hasta el presente algo más que motivos para las exigencias de democracia económica que ellos mismos, con mucha facilidad, han reducido a objetivos humanamente inalcanzables. ¿Acaso es fortuito que, contrariamente a lo sucedido con las sucesivas ampliaciones del derecho de voto sobre las que — con bastante optimismo —, se han modelado los derechos de cohesión en la empresa, éstos hayan demostrado tan raramente, si es que alguna vez, ser acumulativos? ¿Es causal que se hayan quedado con tanta facilidad en agua de borrajas o que se les haya dado la vuelta?

### La permanencia del capitalismo

Bobbio es demasiado realista como para no ser consciente de estas dificultades. Su presentación de la democracia como algo más subversivo que el socialismo es más táctica que sistemática. Su pensamiento real debe buscarse en otro lugar. Su concepción real es justo la opuesta. "La aceptación de un régimen democrático presupone

la aceptación de una ideología moderada", afirma<sup>36</sup>. Pues "en un ordenamiento político basado en el sufragio universal las decisiones de la mayoría permiten cambios del sistema"<sup>37</sup>. En otras palabras, la permanencia del capitalismo como orden social se convierte en premisa de cualquier participación efectiva en el Estado representativo. Paradójicamente, como admite candorosamente el mismo Bobbio, esto no significa que porque el capitalismo sea intocable, la democracia es inviolable. La historia enseña otra cosa "no se puede cambiar por un salto cualitativo en la democracia, pero la democracia puede morir"<sup>38</sup>. Si la posibilidad de una vía parlamentaria al socialismo aún está por ver, la experiencia italiana y alemana de los años de entreguerras es un recordatorio de que sí existe una vía parlamentaria al fascismo. Hay que enfrentarse a esta realidad incómoda. Para Bobbio eso no altera el valor de la democracia liberal, pero destaca la necesidad de salvaguardas constitucionales para su protección.

Esta resulta, al cabo, la más permanente de sus preocupaciones. De las dos cuestiones — "¿quién gobierna, y cómo gobierna?" —, Bobbio declaraba sin rebozo en 1975 que "no puede haber ninguna duda de que la segunda siempre ha

33/ La expectativa de Mill era que las sociedades cooperativas tendrían tal éxito que los obreros se mostrarían cada vez menos dispuestos a trabajar sólo a cambio de salario. En estas condiciones, "tanto los capitalistas privados como las asociaciones verían gradualmente como necesario hacer al conjunto de sus obreros partícipes de los beneficios". Pensaba que a través de este proceso podría eventualmente producirse "un cambio en la sociedad", que "sin violencia o expropiación, incluso sin ninguna perturbación súbita de las costumbres y expectativas existentes, realizaría, al menos en el sector industrial, las mejores aspiraciones del espíritu democrático", moviendo en último término a los capitalistas a arrendar su capital a los obreros "a una tasa decreciente de interés y al final quizá incluso a cederlo a cambio de anualidades aplazadas". Mill desarrolló estas ideas en las ediciones de 1852 y 1965 de sus *Principles of Political Economy*. Véase: *Collected Works*, vol. III, Toronto, 1965, p. 793. De los escritores modernos Dahl es tal vez el más cercano en cuanto a inspiración a esta vertiente de Mill. Véase su defensa de la propiedad cooperativa y su concepción de los avances experimentales en dirección a ella en *A Preface to Economic Democracy*, pp. 148-160.

34/ "Los capitalistas valoran dos cosas: su poder y su dinero. Muchos de ellos valoran sólo el dinero. Es más inteligente concentrarse primero en el poder, de la mano de la implantación de la autoadministración en la industria, sin confiscación de los ingresos de los capitalistas. Mediante este procedimiento los capitalistas se ven reducidos gradualmente a meros zánganos, su función activa en la industria equivale a cero y al final pueden ser desposeídos sin dislocaciones y sin la posibilidad por su parte de cualquier lucha con garantía de éxito". (*The Practice and Theory of Bolshevism*, Londres, 1920, p. 183). Debe decirse que en otros escritos suyos Russell ofrece pocos elementos de juicio que induzcan a pensar que los capitalistas concedan tan poca importancia a su poder, a diferencia de la que otorgarían a sus ingresos. El tema de *Power: A Social Analysis* es más bien lo contrario. Tampoco da razón alguna de que un desenlace tan obvio para sus futuros desposeedores sea igualmente obvio para ellos.

35/ *German Philosophy and Politics*, Nueva York, 1942 (reedición), p. 46. Aquí, como en otras partes, Dewey anticipa algunos temas fundamentales de los análisis habermasianos. Argumentando en favor de la idea de que Norteamérica necesitaba una filosofía que "articule los procedimientos y las intenciones del modo de vida democrático", afirmaba que "la filosofía que formule tal método será una filosofía que reconozca la primacía de la comunicación", dado que "los prejuicios de status económico, de raza o de religión ponen en peligro a la democracia porque levantan barreras a la comunicación o desvían y distorsionan su funcionamiento" (pp. 46-47).

36/ "La filosofía política", p. 114.

37/ "La regola della maggioranza e i suoi limiti", p. 20.

38/ *Ibid.*, p. 21.

sido más importante que la primera<sup>39</sup>. *Siempre*: en otras palabras, lo que importa no es qué clase domina, sino la manera como lo hace. Aquí, la opción de Bobbio, al nivel más profundo, en favor del polo liberal de su pensamiento, se hace manifiesta. Por la misma razón, de las dos críticas a la democracia representativa que cabe encontrar en sus escritos, es a la conservadora y no a la socialista a la que se otorga al final mayor peso y entidad. En sus escritos más recientes esta crítica tiende incluso —de una manera que no deja de resultar familiar— a convertirse en apolo-gía perversa. Así, haciendo de la necesidad virtud, Bobbio puede escribir: "La apatía política no es en modo alguno un síntoma de crisis en un sistema democrático, sino habitualmente un signo de buena salud"<sup>40</sup>. Indica "indiferencia benevolente" hacia la política como tal, cosa que se basa en el buen sentido. Pues en las sociedades democráticas los cambios sociales de envergadura no son, por lo

general, en absoluto resultado de la acción política, sino de los progresos de las capacidades técnicas y de la evolución de las actitudes culturales. Es decir, se trata de procesos moleculares involuntarios más que de intervenciones legislativas deliberadas. Este tipo de "transformación continua" por la corriente de invenciones y el ajuste de las costumbres reduce sobremanera la significación incluso del "reformismo tradicional", cuya importancia, la socialdemocracia —a pesar de toda su moderación— siempre ha sobreestimado de manera muy característica<sup>41</sup>. En estas condiciones es mejor aceptar la perspectiva política de una competición limitada entre elites que poner en peligro la estabilidad del entramado constitucional sometiendo a demandas excesivamente ambiciosas. Bobbio expresa esto con su agudeza habitual en la siguiente frase: "Nada amenaza tanto con acabar con la democracia como un exceso de democracia"<sup>42</sup>. Una fina fórmula elitista.

### Conclusiones e interrogantes

¿COMO ENJUICIAR ESTAS ACTITUDES QUE ADOPTA BOBBIO a modo de conclusión? Cabría

buscar su significado en dos niveles. En el primero de ellos puede decirse que reflejan sin

cuestionarla cierta experiencia biográfica que ha moldeado muy en profundidad a Bobbio y de la que él es plenamente consciente. Cabría hablar, así, de una decepción específicamente italiana. Podría decirse que en ningún otro país de Europa Occidental fueron tan grandes y legítimas las esperanzas políticas de la izquierda al finalizar la guerra como en Italia. Este país había generado el movimiento de Resistencia de mayor participación popular, el fermento intelectual más vigoroso, el movimiento obrero más amplio y radical. Aquel fue un momento cuyo recuerdo tal vez no se ha extinguido del todo ni siquiera hoy; algo de él perdura, sin duda, en el aura internacional de que gozaba el PCI\*. Pero tampoco hubo otro país en el que las esperanzas se viesen tan radicalmente desmentidas en las décadas siguientes. Los textos de Bobbio constituyen un prisma cristalino de esta historia. En 1945 declaraba que "el expediente del sufragio universal cierra el experimento democrático en la forma de la democracia indirecta"; en nombre de los ideales federales de Cattaneo abogaba ardientemente por un

avance hacia la "democracia directa" a través de una "multiplicación de las instituciones de autogobierno"<sup>43</sup>. Al reeditar treinta y cinco años después este ensayo, en compañía de otros, le hizo preceder por una introducción en la que decía: "No se me oculta que el balance de la obra de nuestra generación ha sido desastroso. Ibamos en pos de las 'seducciones alcinescas' de la Justicia y la Libertad; hemos conseguido muy poca justicia y tal vez estemos perdiendo la libertad"<sup>44</sup>. Estas líneas fueron escritas en el amargo año —amargo para Bobbio— de 1970. Su temor a que la libertad ganada a raíz de la Liberación se demostrase "fútil", a que el orden establecido la desfigurase y finalmente acabase destruida por la subversión terrorista, alcanzó su cénit en el período subsiguiente. Mediados los ochenta consideraba que los peores peligros habían pasado ya. Cabría contemplar con alivio la estabilización relativa de la democracia italiana. Sin embargo, los términos en los que expresó estas ideas difícilmente pueden conceptuarse como un elogio del espíritu cívico de la nación: "Se puede ser libre con

39/ *Quale Socialismo?*, p. 38.

40/ *Il futuro della Democrazia*, p. 61.

41/ "Riformismo, socialismo, eguaglianza", *Mondoperaio*, mayo 1985, pp. 67-68.

42/ *Il futuro della Democrazia*, p. 13. La idea es tan vieja como la oligarquía romana. Cf. Cicerón "Demasiada libertad acabaría reduciendo a un pueblo libre a la servidumbre" (*República*, I. 68).

\* N. del E./ Hoy Partido Democrático de la Izquierda (PDS).

43/ "Stati Uniti d'Italia" reimpreso en *Una Filosofia Militante, Studi su Carlo Cattaneo*, Turín, 1971, p. 55. Recuerda Bobbio que en 1946, cuando el *Partito d'Azione* se hallaba en puertas de su crisis interna, "tronaba yo contra la idea de dar vida a un partido de clases medias que simplemente restaurase la vieja democracia parlamentaria que había sido sofocada por el fascismo". Véase su reciente aportación al número especial de *Il Ponte* dedicado al socialismo liberal (XI,II, número 1, enero-febrero 1986, p. 145), un texto que contiene algún que otro agrio comentario acerca del destino del PSI.

44/ *Una Filosofia Militante*, p. xi.

convicción o por mera habituación. No sé cuántos italianos son realmente amantes sinceros de la libertad. Tal vez sean pocos. Ahora bien, hay muchos que respirando libertad durante muchos años, no podrían vivir sin ella, aunque no lo sepan. Por utilizar una conocida frase de Rousseau referida a otro contexto, los italianos viven en una sociedad en la que —por razones que muchos de ellos ignoran y a las que son indiferentes— están 'obligados a ser libres' por fuerzas que les sobrepasan a ellos mismos"<sup>45</sup>.

Pero esta conclusión, que sustituye a las más apocalípticas predicciones de Bobbio de la década anterior, no altera sustancialmente el tenor del balance histórico establecido por él de la República por cuya fundación luchó. Reivindicando los valores de la Resistencia —una batalla "en la que no estábamos equivocados"— Bobbio ha reiterado recientemente una vez más la distancia existente entre "los ideales de ayer" y "la realidad de hoy", afirmando: "Hemos aprendido a encarar la sociedad democrática sin ilusiones. No hemos obtenido mayores satisfacciones. Nos hemos vuelto menos exigentes. La diferencia entre nuestros empeños de entonces y nuestras preocupaciones de hoy se resume en esto. El perfil global de nuestra vida corriente no ha mejorado; incluso

en ciertos aspectos ha ido a peor. Somos nosotros los que hemos cambiado, haciéndonos más realistas y menos ingenuos"<sup>46</sup>. Esta sincera confesión explica mucho de la aparente adaptación de Bobbio al resignado minimalismo del orden representativo en Italia, su disposición a hallar razones —o consuelos— para la mortificación del interés popular bajo una política dominada por elites cuyo régimen apenas ha significado durante mucho tiempo más que pan y escándalos. Bobbio ha explicado su propia interpretación de este escenario con su habitual franqueza autocrítica. Tras exponer la casuística de la conformidad citada más arriba —el carácter positivo de la indiferencia política, las necesarias reservas a las alternativas políticas— prosigue diciendo: "Desconozco si estas reflexiones que he venido formulando aquí serán consideradas por muchos como razonables y realistas. Pero lo que sí que sé es que serán consideradas desilusionantes y desanimadoras por aquellos que —frente a la degradación de la vida pública en Italia, frente al vergonzoso espectáculo de corrupción, de ignorancia, de arribismo, de cinismo, que nos ofrece cotidianamente gran parte de nuestra clase política— piensan que los canales de intervención política que ofrece el

sistema son insuficientes para reformarlo —y no digamos ya para transformarlo radicalmente". Dirigiéndose a éstos, proseguía Bobbio: "Quien esto escribe pertenece a una generación que perdió las grandes esperanzas hace más de treinta años, poco después de la Liberación, y ya no las recuperó más que en algunos momentos, tan raros como pasajeros y, al final, poco decisivos; uno por década: la revocación de la *Legge Truffa*\* (1953), la formación del centro-izquierdo (1964), el gran salto del Partido Comunista (1975)". "Quien tiene tras de sí muchos años de esperanzas perdidas, está más resignado frente a la propia impotencia... Pero, al cabo, entiendo perfectamente que estas observaciones no valen para nada para los más jóvenes, que no conocieron el fascismo y que están familiarizados solamente con esta democracia menos que mediocre, y que no están igualmente dispuestos a aceptar el argumento del mal menor"<sup>47</sup>.

Tales sentimientos, y la experiencia que hay tras ellos, separan a Bobbio de sus grandes predecesores. No hay razones para dudar de su sinceridad. Pero hay un aspecto en el que no puede hablarse de concordancia. Existe una diferencia entre ideal e influencia. La

decepción no implica necesariamente impotencia. Las esperanzas primeras de Bobbio no se realizaron, es cierto, pero es muy notable lo frecuentemente que se ha prestado oídos a sus admoniciones posteriores y más tardías. Si se compara su obra con la de Mill o Russell o Dewey, está claro que nunca ha sido un pensador original en un sentido comparable a éstos. El es el primero en reconocer el carácter derivativo de sus principales ideas, lo que constituye en su opinión un rasgo común de la cultura italiana de la postguerra, a diferencia de la de principios de siglo<sup>48</sup>. Sin embargo, su impacto político sobre su propia época ha sido sin duda mayor que el de aquéllos. En efecto, Bobbio activó la adopción del eurocomunismo por parte del PCI y previó ésta con veinte años de antelación. También jugó un papel relevante en el abandono por el PSI de su pasado marxista. Contribuyó a neutralizar el desafío de la extrema izquierda en ese mismo período. Anticipó el repudio de la noición de una Tercera Vía por los dos principales partidos de los trabajadores italianos. Sería difícil señalar otro intelectual que haya tenido un efecto tan real y visible sobre el clima político de su país desde la guerra<sup>49</sup>. En debates sucesivos,

45/ *Perfil Ideológico del Novecento Italiano*, p. 183.

46/ *Italia Civile*, p. 6.

\*/ Ley Trampa.

47/ *Il Futuro della Democrazia*, pp. 64-65.

48/ "Todo lo que se hacía por aquel entonces delata precipitación, improvisación y carece de originalidad. En el mejor de los casos éramos vulgarizadores". (*Maestri e Compagni*, p. 26).

Bobbio ha cosechado la influencia de que goza no sólo por una combinación poco habitual de dotes expresivas y erudición, sino también por su singular transparencia y honradez personal. Aun en la defensa por su parte de posiciones de un matiz crecientemente neomodernado frente a críticas más que justificadas de adversarios radicales, su superioridad moral e intelectual sobre éstos ha sido por lo general patente.

Al final, como hemos visto, este moderantismo ha conducido a que se ponga en cuestión todo el proyecto de maridaje entre liberalismo y socialismo. Mill decía de los proyectos socialistas que eran “quiméricos” con anterioridad al cambio de estado de ánimo que le condujo a la serie de tentativas teóricas de unir esos proyectos con los principios liberales. Bobbio, que participó en el movimiento práctico del *Partito d’Azione* para alcanzar tal socialismo liberal, ha declarado desde entonces a éste “quimérico”: “no más que una sublime veleidad”<sup>50</sup>. Más allá de las razones históricas de esta ironía, derivadas de la propia experiencia política de Bobbio, también hay

una razón intelectual. Desde un principio su formación teórica incluyó no sólo elementos socialistas y liberales, sino también un elemento conservador. Bobbio siempre ha sido sincera y admirablemente progresista en sus simpatías e intenciones personales. Desde cualquier punto de vista, se trata de un pensador ilustrado de gran altura. Pero sus escritos, a pesar de estas elevadas intenciones, muestran también un determinado tipo de afinidades electivas. En los textos de Bobbio el socialismo liberal aparece como un compuesto inestable; ambos elementos constitutivos, el liberalismo y el socialismo, tras parecer atraídos el uno por el otro, acaban separándose; y en el mismo proceso químico el liberalismo se trueca en conservadurismo.

¿Cuán representativa es esta recombinación? ¿Operan estas afinidades electivas con mayor generalidad —e independiente— de la voluntad de pensadores concretos— en el pensamiento político moderno más allá de las específicas condiciones italianas? Como vocablo, el liberalismo apareció por vez primera como

banderín de enganche del 18 de Brumario del Año VIII, cuando Napoleón puso fin a la Revolución Francesa declarando que tomaba el poder para “proteger a los hombres de ideas liberales”<sup>51</sup>. A través de todas sus vicisitudes posteriores puede que este motivo originario no haya llegado a desaparecer nunca del todo. Pero también es verdad que el Primer Imperio generó por doquier una recepción considerablemente más radical de esta idea. Cabe recordar que el mismo término inspiró en España la primera revolución europea contra la Restauración. Cuando el Viejo Orden fue desafiado a escala continental en 1848, dio comienzo al recurrente intento de expandir el liberalismo más allá de sí mismo para englobar nuevas clases sociales y nuevos valores. Desde la

perspectiva actual lo llamativo es la desproporción entre las credenciales intelectuales y los resultados políticos de los intentos que siguieron. Pues a pesar de toda la buena voluntad y de todo el talento que se han invertido en su causa, la síntesis entre liberalismo y socialismo ha fracasado hasta el día de hoy. Esto no es lo mismo que decir que necesariamente tenga que hacerlo. Quizá las renovadas energías que atrae actualmente esta concepción —pues, ¿quién puede desear un socialismo iliberal?— apunten a otra dirección. Es demasiado pronto para decirlo con seguridad. Sin embargo, sí cabe afirmar que el conocimiento de la historia de esta empresa constituye una condición para conducir a ésta a buen puerto. ☉

49/ La única excepción a esta pauta le honra. Se trata de su oposición a las armas nucleares. Véanse sus amargos comentarios a la completa indiferencia de la política y la cultura italianas oficiales acerca de este tema en la segunda edición de *Il Problema della Guerra e le Vie della Pace*, Milán, 1984, pp. 5-7 (“quienes hacen sonar la alarma son como perros ladrando a la luna”).

50/ *Una Filosofia Militante*, p. 201; *Liberalismo e Democrazia*, p. 62: “Mientras la conjugación del liberalismo con el socialismo no ha pasado, hasta ahora, de ser una sublime veleidad, la creciente identificación del liberalismo con las fuerzas del mercado constituye una realidad incontestable”.

51/ Otto Brunner, Werner Conze, Reinhart Koselleck, eds., *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol. III, Stuttgart, 1982, pp. 749-751.